

Metafísica del gato

Fernando Alcázar de Velasco

El gato, en una escena bien simple y repetida, se aproxima a mis pies y se refrota en los pantalones. Durante el recorrido del pasillo me acompaña, estorbando los pasos. Me recuesto en un sillón y el gato se encarama hasta el estómago, arrebujándose afectuosamente entre la chaqueta. A los pocos momentos, no satisfecho (y eso que estaba cómodo), asciende un poco en dirección a la cara. No molesta; sugiere un ambiente acogedor. El animal, con los ojos entornados, ronronea con placidez, pero a los pocos segundos quiere algo más: vuelve a parecer insatisfecho y busca una mano con la cabeza. La empuja como pretendiendo incrustarse en su amo. Le hago una breve caricia y, si me detengo, insiste con más exigencia que la primera vez, casi tozudo, empujando los dedos con el hocico. Le pongo el índice en el entrecejo y el gato cierra nuevamente los ojos, en un grado de concentración profunda con el momento presente que, aunque fugaz, tiene para él trasuntos de eternidad, y así permanece en situación de reposo integral. Se le adivina sumergido en intensa autocontemplación.

¿Se autocontempla el gato? Quizá en el hecho de que yo contemple al animal reside su *autocontemplación*. Quizá en el hecho de que yo le contemple (de lo que él tiene certeza en ese mo-

mento) reside su conciencia de que él es algo. A partir del incentivo físico de ponerse cómodo, pasa a un segundo objetivo, allende su orientación física: que yo le tenga presente, como un factor gracias al cual obtuviese un nuevo grado de su existir. Como si tuviese el barrunto de que se había instalado en el ámbito del alma humana. Como si al estar presente en el cerebro del hombre el gato cobrase existencia en el seno de unas regiones que trascienden su propia biología.

Así, el gato parece «salvarse» dentro de otro ser. Se ha refugiado en la metafísica, huyendo de la soledad en que está situado todo aquello fuera del ámbito del espíritu.

¿Por qué actúa así el gato? Hay algo impreso en él que nos pone sobre la pista de que sólo una integración en el SER absoluto, puede salvarnos de la inexistencia... Pero en ese momento surca la ventana un pájaro. El gato, entonces, como un relámpago, abandona su éxtasis y haciendo impulso sobre mi estómago, olvidándolo todo con la vista imantada por el espacio en que fugazmente vio pasar al ave, se impulsa hacia ella eléctricamente. Vuelve a ser el animal, vuelve a ser objeto de supervivencia, vuelve a ser instinto que se sumerge en la región del mecanismo de conservación de la especie, cayendo de la metafísica.

* * *

Cuando algunas de esas tormentas interiores, tormentas del alma, de las que se desencadenan de tarde en tarde (o a veces de breve en breve), afortunadamente desemboca en la sensación de que el «yo» más propiamente mío no es el de aquel que se abalanza hacia la captura de un pájaro que surja la ventana de mi vida, sino que es algo que está más allá de la evidencia de mi realidad física, entonces aparece cegadoramente algo que así dicho en frío se nos antoja un perogrullo archimandito: la noción de la *existencia* como *fugaz tránsito* hacia el verdadero ser.

Pero esto, ¿vale la pena decirlo? No lo sé. Aquel brevísimo instante pasó y una vez dicho (o peor aún, escrito), la fuerte impresión se desvanece y queda prendida en la memoria en forma borrosa, sin el vigor originario, de imposible comunicación a nadie: ni a los demás ni al propio sujeto que tuvo la vivencia apenas transcurrido un breve tiempo, o después de haber comido o dormido un rato. Y sin embargo ahí está. Haberla recibido no depende de ningún esfuerzo personal y mucho menos de ningún talento, ni tiene más técnica, que yo sepa, que la de arrebujarse, como hace el gato, en su Amo. **A**